

XXXV

—Manuel, usted está haciendo el ridículo. Todo el pueblo comenta que está chocheando. ¡Todos hablan de usted. . . ! —insistió.

—Que hablen. A mí me tienen todos sin cuidado y me extraña que a usted le preocupen ahora las murmuraciones de la gente. —contestó con voz impaciente sin levantar la cabeza.

Siguió trabajando, cepillo en mano, puliendo cuidadosamente las aristas de la oscura madera.

—A mí también me parece que su conducta amerita una explicación. Nadie que esté en buena salud se pone a fabricar su propio ataúd. ¿Se siente bien Manuel? No me oculte nada. — ansiosa, la mujer insistió.

— ¡No me moleste más, por Dios Lastenia. . . ! Claro que me

siento bien. Después de todo ¿qué tiene de malo lo que hago? Deseo estar preparado cuando llegue la hora. Ya tengo sesenta y nueve años y cualquier día de estos. . . .—

— ¡Ave María Purísima. . . ! Deje de llamar a la muerte. . . ! — salió disgustada dejándolo solo en la habitación.

El viejo siguió trabajando tranquilamente con una mueca divertida en los labios.

--Me creen chocho— se dijo— ¡pendejos! Nada más viven pendientes de la vida ajena. Si me estuviera emborrachando todos los días entonces no me criticarían tanto. Pero cuando alguien se muere corren a improvisar sacos de lona o cuatro tablas mal clavadas y lloriquean porque el velorio tiene que hacerse a la carrera antes de que se pudra el muerto. Esos imbéciles no saben lo que es estar preparados como si a ellos la muerte no fuera a tocarlos nunca. — Siguió cepillando, mascullando su indignación entre dientes de vez en cuando.

Con paso rápido se dirigió Lastenia por la estrecha callejuela que daba a la Iglesia y entró por la sacristía sin encontrar a nadie. El olor a moho e incienso asaltó su olfato aumentando el malestar que sentía. Elevó la voz para ahuyentar los fantasmas que presentía a su alrededor.

—Padre Juan, Padre Juan, está usted aquí? --el sonido retumbaba como un eco distante en los viejos paredones de la Iglesia.

—Ya voy . . . —le contestó desde la semi-penumbra una voz de hombre quebrada por los años. La confesión comienza a las tres — le dijo agriamente a la mujer que lo esperaba en la sacristía.

--No he venido a confesarme —dijo Lastenia— necesito hablar con usted—.

—Ah, señora Lastenia. No la había reconocido en esta oscuridad. Perdone pero ya la vista me está fallando. ¿En qué puedo servirle? Esta es la primera vez que me visita desde mi llegada y ya de eso hace casi un mes. No creo haberla visto en los novenarios. . .

—añadió malicioso—.

—Mire padre, yo no he venido aquí a discutir mis problemas. Sé que usted está muy ocupado con los arreglos de las fiestas y que su tiempo es valioso. Necesito hablar con alguien y es usted la única persona que puede ayudarme—.

—Qué le sucede hija— esta vez se hizo grave la voz del sacerdote acostumbrado a sondear almas atormentadas.

—Padre, ¿usted conoce a mi marido, verdad?—

—Desde luego; el señor Manuel Muñoz fue quien me recibió a mi llegada al pueblo. ¿Qué le sucede?—

—Yo creo que está enfermo pero se niega a decirme qué le pasa. . —

—Pero si yo lo vi esta mañana y parecía el espejo de la salud.—

Nerviosa, Lastenia se retorció las manos sin saber cómo proseguir.

—No es una enfermedad del cuerpo Padre; es más bien de la mente. No es que esté loco ni mucho menos pero vive obsesionado con la muerte. Desde que se levanta hasta que se acuesta es lo único que piensa y hace. . . —

—¿Cómo es eso señora Lastenia? ¿Qué es lo que hace que a usted tanto le preocupa?—

—Padre, él ha llegado al extremo de fabricarse su propio ataúd. Un ataúd de maderas que él mismo cortó y que no hace más que pulir. ¡Es inmoral. . . ! — estalló en sollozos.

—Cálmese hija, cálmese; todo tiene su explicación. Don Manuel me parece el ser más ecuánime del mundo Claro que no lo conozco a fondo pero viene a diario a conversar conmigo después de misa y nunca le he notado nada raro. Siempre ha sido muy atento y dispuesto a ayudar a los demás.—

--Hable usted con él Padre. Quítele esas ideas de la cabeza. Se lo suplico. . .--

--Bueno, bueno, está bien; pero estoy seguro de que don Manuel no está enfermo.--

--Podría venir conmigo ahora mismo? Así lo encontraría trabajando en esa obra macabra y se daría cuenta de que no exagero.--

El cura estaba a punto de negarse porque se sentía algo cansado y quería reposar un rato antes de comenzar la novena de las seis. Pero la angustia de la mujer acabó por convencerlo y además, sentía curiosidad por ver la obra de don Manuel. Salieron por la sacristía, el cura sosteniendo la negra sotana con una mano para no arrastrarla por el polvo del camino. Cuando iban llegando a la casa, Lastenia se detuvo y en voz baja le dijo al sacerdote que la seguía de cerca:

--Siga usted solo Padre por favor y no le diga que yo lo traje. Se molestaría mucho.--

El cura siguió y entró en la casa de Manuel por el lado de la quebrada. Por unos instantes se detuvo a contemplar los pasos vacilantes de unos patitos que dirigidos por la orgullosa madre, iban al agua por vez primera.

-- ¡Alabado sea Dios. . .! -- pensó el sacerdote emocionado-- ¡Qué sabia es la naturaleza! Mira cómo nadan acabados de nacer y a los hombres hay que enseñarles todo poco a poco y ni aún así acabamos de aprender. . .!--

Por detrás de la casa encontró abierta la puerta en donde trabajaba el viejo.

--Buenas tardes tenga usted don Manuel. No sé cómo puede trabajar a esta hora con el calor que hace. -- Sorprendido, Manuel dejó en el suelo las herramientas y apresuradamente se limpió las manos en un trapo para saludar al visitante.

--Buenas tardes Padre. ¿A qué debo el honor de su visita?--

—Andaba paseándome por el pueblo y vi su puerta abierta. hace mucho calor en la sacristía. Siga usted trabajando; no he venido a interrumpirle.—

—Ya estaba terminando por hoy, no se preocupe.—

El cura mientras tanto, examinaba cuidadosamente el ataúd casi terminado.

—Bonita madera don Manuel. A mí también me gusta la carpintería. En mi pueblo de Castilla se hacen cosas preciosas del nogal. Cuando joven, antes de entrar en el Seminario, hice un juego de muebles para la sala de la casa de mi madre que en la gloria esté. Ahora la casa la habita una hermana menor y aún los muebles están intactos como en el día que comenzaron a usarse hace más de cuarenta años. Desde que llegué a América he admirado mucho las maderas que tienen por acá. Sobre todo la caoba. ¡Qué brillo tan hermoso adquiere cuando está bien pulida. . .!—

El viejo lo escuchaba con una sonrisa traviesa en los ojos.

—“Lo han mandado aquí para que me regañe —pensó—. Seguro que esas son cosas de Lastenia. A mí no me engaña con el cuento del paseo en horas de la bendita siesta que este cura no perdona. Con lo mucho que almuerza, todos los días queda teso como iguana al sol”.—

—Hijo, qué lo motivó a fabricarse su ataúd? Confieso que me pica la curiosidad y perdone mi atrevimiento. Usualmente a los hombres la visión de la muerte les asusta sobremanera y hacen lo posible para no pensar en ella; pero a usted parece complacerle.—

—No entiendo bien lo que usted está tratando de decir, Padre, pero le aseguro que no tengo deseos de morirme ni me da placer alguno la idea de la muerte. No estoy enfermo ni loco; simplemente me gusta trabajar la madera fina y me aburrí de hacer barquitos de balsa. . . — le contestó divertido, haciendo un esfuerzo por dominar la risa que las preguntas del sacerdote le producía.

— ¡Sí, sí. . .! Lo felicito. Una idea original y práctica. ¡Qué

mejor ejemplo de laboriosidad. Ni siquiera después de muerto tendrá nadie que molestarse por su culpa. Todos podrán llorarlo a gusto sin preocuparse de ver cómo lo entierran. ¡Lo felicito! — Es usted un ejemplo para esta comunidad.—

Siguieron conversando animadamente mientras Manuel trabajaba. Ej cura habló de su pueblo y de las enormes huertas frutales cuidadas con esmero por generaciones de labriegos y de cómo el trabajo de meses podía desaparecer en horas por una helada temprana. Manuel le contó algo de su juventud y de lo difícil que había sido extraer las riquezas del monte y del mar. Los campanazos de la Iglesia interrumpieron el coloquio.

— ¡Dios mío! Si son casi las seis. Tengo que comenzar la novena. Hasta pronto don Manuel. Ha sido un placer conversar con usted—. Salió apresurado levantando una nube de polvo con el ruedo de la sotana que arrastraba descuidadamente. En la puerta de la sacristía encontró a Lastenia que lo esperaba impaciente.

—Padre, ¿lo convenció de que se dejara de esa locura?—

—¿Locura le llama usted señora Lastenia? No he visto a un hombre más cuerdo en mi vida. Otros debían seguir su ejemplo de trabajo y consideración al prójimo hasta más allá de la muerte. Déjese de pamplinas y no moleste más a don Manuel con sus lloriqueos! — Entró en la iglesia dandó un portazo dejándola con la palabra en la boca.

Perpleja, Lastenia se quedó mirando la puerta sin saber qué hacer. Se puso el paño en la cabeza y dando la vuelta entró en la iglesia por la puerta grande del lado de la plaza. Un grupo de mujeres y niños llenaba las destartaladas bancas carcomidas de comején. Se arrodilló persignándose. El padre iba subiendo el púlpito que crujía angustiado con cada paso.

—Un día de estos se derrumba —pensó Lastenia— y vamos a tener al cura desparramado en medio de la iglesia. Tengo que decirle a Manuel que mande a hacer otro.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Her-

manos, vamos a iniciar el tercer día de novenario en Honor del Milagroso Cristo de Chumico. Hoy vamos a rezar especialmente para que Nuestro Señor Jesucristo nos ayude a prepararnos a bien morir. . .—

XXXVI

En 1915 don Manuel viajó a la capital a visitar a Carmen y sus hijos a quien no había visto por casi dos años. Después de la separación del matrimonio, Manuel se había dedicado en cuerpo y alma al trabajo. Durante muchos meses metido monte adentro se empeñó en sacar los preciosos maderos de la montaña ayudado por los indios que vivían río arriba. Después de cortarlos, los arrastraban hasta el agua y manipulados por los ágiles indígenas los flotaban hasta la bahía en donde eran recogidos por las balandras de don Manuel.

Jonás y los suyos prosperaron, porque Manuel era justo en sus tratos y repartía las ganancias equitativamente. Fue por esos días que el chino Ah Sing en una de esas mañanas, se levantó de su cama empeñado en regresar a la China con su hijita a visitar a sus familiares en Cantón. De nada valieron las súplicas y ruegos de Bernabela. El chino estaba decidido y no admitía argumentos en contra del viaje. La niña ya tenía cuatro años y era tan inteligente y

avispada que todo el pueblo se asombraba de sus ocurrencias. A su padre le hablaba en chino, idioma que él le había enseñado desde chiquita y que los hacía inseparables. Al compartir el exótico lenguaje, tenían con esto un mundo aparte, un mundo que nadie podía penetrar. Desde muy pequeña, cuando casi no alcanzaba a tocar el mostrador, la niña ayudaba al chino en la tienda y sabía exactamente en dónde se encontraba tal o cual mercancía por escondida que estuviera. Cuando se fueron de Chumico para no volver más el pueblo entero bajó a despedirlos a la playa cargándolos de regalos inútiles y recomendaciones tardías.

—La China queda al otro lado del mundo. Estarán viajando casi seis meses antes de llegar allá. . . — informó Felicia a todos los que acudían a comentarle del asunto.

Algunos se santiguaban espantados. En una travesía tan larga cualquier desgracia podía ocurrir. Bernabela lloraba ruidosamente como se acostumbra en los velorios de pueblo. Estrechó a la niña contra su amplio pecho hasta el último momento cuando Ah Sing se la quitó sin decir nada para subirla a la panga que los esperaba. Cuando se iban alejando los alaridos que daba la negra se podían oír hasta Punta Pericos. Nadie se atrevió a consolarla quizás porque en el fondo pensaban que finalmente se le había hecho justicia a la advenediza.

—El que las hace las paga. . . — se atrevieron a murmurar algunos, pero callaron rápidamente ante las miradas fulminantes de la señora Felicia que acudió a consolar a la pobre mujer.

—No se preocupe Bernabela que ya regresarán. En esos barcos grandes de vapor la travesía no es peligrosa y es mucho más rápida. Ya verá que antes de que se dé cuenta están de vuelta.—

—Pero dice la señora Leonor que en ese país hay dragones que echan fuego por la boca.—

—Tonterías de Leonor. Los dragones no existen—.

—Yo los vi en unos grabados traídos de la China. Si no existen cómo es que hay tantas pinturas con esos monstruos? — reba-

tió la otra indignada.—

— ¡Ay. . . Aaay! . . .! Mi pobre niña. . .! -- aulló Bernabela desconsolada.

—Resignación hija, ya regresarán. Haremos la novena al Cristo para que los lleve y traiga sanos y salvos.—

Entre todas la acompañaron a la tienda. Bernabela se encerró en el establecimiento por una semana y solamente Felicia lograba hacerla entreabrir la puerta una vez al día para obligarla a comer algo. Finalmente abrió la tienda y se instaló detrás del mostrador, toda vestida de negro, a despachar la mercancía con los ojos sombreados de llanto y la sonrisa ausente de los gruesos labios. Estaba de luto por la hija que sabía perdida para siempre. Su carácter dulce y despreocupado se fue agriando gradualmente al extremo de que pocos buscaban su compañía. A Manuel no lo recibió más. Era como si nunca hubiera existido entre ellos intimidad alguna y lo trataba con la misma dureza que al resto de los clientes. Entre ellos no hubo recriminaciones ni despedidas.

—Ya se le quitará el resabio — pensó Manuel. Cuando sienta la soledad ella misma vendrá a buscarme.—

Pero la mujer no regresó a sus brazos y la indiferencia acabó por precipitar el olvido. Sin el chino, la tienda se fue deteriorando poco a poco. Bernabela no tenía crédito con los mayoristas de la capital y todos parecían estar enterados de la partida de Ah Sing. Fue entonces cuando Manuel concibió la idea de poner una tienda más grande y provista de herramientas de trabajo y otros artículos de gran consumo que siempre habían mandado a comprar a la capital por encargo especial. No quería hacerle una competencia desleal a Bernabela y decidió dejarle a ella el negocio de telas, hilos y demás artículos del hogar. Ese fue el motivo principal de su viaje a la capital en el año quince. Quería establecer una línea de crédito con los mayoristas e importadores y así iniciar la construcción del gran almacén que tenían en mente.

Encontró a Carmen muy cambiada como si fuera una persona extraña a la que nunca hubiera conocido bien. Ella lo recibió aten-

tamente pero con frialdad. Vivía con sus hijos y la vieja Eugenia en tres cuartos en una casa de la calle novena. Evarista había fallecido hacía dos años dejando a la hija llena de deudas que la obligaron a vender la casona de calle once para poder salir de apuros. Manuel se asombró al ver la frugalidad con que vivían; él creía haber mandado una cantidad adecuada de dinero regularmente, sin darse cuenta de la situación penosa que la familia atravesaba. En las breves misivas que Carmen le enviaba informándole del estado de salud de los hijos jamás se había quejado. ¿Cómo iba a adivinar desde Chumico que las cosas andaban tan mal?

—Desde que comenzó la guerra todo ha subido bastante y hay escasez de muchas cosas —le informó Eugenia—. A veces, ni arroz podemos conseguir, a no ser de ese teñido de verde que nos endosa el gobierno. La semana pasada se acabó la sal y si no hubiera sido por una comadre mía que nos regaló una libra, no hubiéramos podido cocinar. . . —

--No exagere tía Eugenia —interrumpió Carmen—. Nos hemos arreglado.—

No quería que Manuel se enterara de sus privaciones. Quejarse le parecía una muestra de debilidad y no estaba dispuesta a humillarse delante de él. Ella sacaría a la familia adelante costara lo que costara y cualquier sacrificio le parecía poco. ¿Acaso no había sufrido sola por tantos meses en silencio sin quejarse de nada aguantando la agonía de Evarista en carne propia? El amor que una vez había sentido por él se había secado de su corazón. Claro estaba él era el padre de sus hijos y le debía respeto pero solamente por los hijos lo hacía.

Los muchachos saludaron al padre con alegría. Carmen Eugenia ya tenía quince años y había comenzado a estudiar en la Escuela Normal. El hijo, seguía todavía en la escuela primaria. A instancias de la tía, Manuel se quedó hospedado en la casa. Por las noches, cuando cerraban la rejilla de la sala que daba a la calle, le tendían un catre cerca de la puerta. Carmen aceptó su presencia con la misma frialdad e indiferencia que le demostrara desde su llegada. Manuel se prometía regresar a menudo a interesarse por los problemas de la familia y a los hijos les insistió que tenían que pa-

sarse las vacaciones en Chumico donde había aire fresco y comida en abundancia.

Se quedó en la ciudad más de tres meses. Todo había cambiado mucho por la guerra mundial y por la construcción del Canal. Manuel restableció el contacto con los políticos liberales antiguos amigos y compañeros de armas. Ya se estaban organizando movimientos en favor y en contra del Presidente Porras para las elecciones que se avecinaban el año siguiente. El país se debatía convulsionado por problemas con el gobierno americano y la soldadesca acantonada en la Zona del Canal. Manuel unió su esfuerzo a los que se oponían al primer mandatario acusándolo de toda clase de desafueros.

Antes de regresar al pueblo se enteró, por uno de los mayoristas con los que negociaba, de la muerte de Ah Sing, ocurrida en alta mar a un mes de navegación de San Francisco. El capitán del barco al llegar a Shangai le había entregado la hija a unos familiares que esperaban al chino. Manuel se sintió extrañamente conmovido con la noticia. ¡Pobre Bernabela! Iba a ser difícil darle la mala nueva. Ya, era casi seguro que su hija no regresaría de la China. Y todo por la obstinación del chino. Manuel no se sentía responsable en lo absoluto por lo ocurrido. Era de esperar: aquel que se casa con una mujer mucho más joven no puede exigir fidelidad por toda una vida. Suspiró unos momentos acordándose de las delicias ofrecidas por el cuerpo de la negra. Había terminado sus negociaciones y se encontraba dispuesto a regresar al pueblo cargado de mercancía para abrir su almacén. La despedida fue fácil; un hasta luego sin lágrimas, convencido de que pronto regresaría a reanudar los lazos familiares.

Cuando volvió a Chumico se empeñó en levantar una gran casa de mampostería y madera a orillas de la quebrada por donde podían cargar y descargar las pangas cuando subía la marea. En la planta baja, ubicó el almacén, la cocina y el billar. Arriba estaban las amplias habitaciones rodeadas por la galería con balcones de madera tallado con extrañas figuras, obras de los artesanos indios parientes de Jonás. De la otra casa trajo las cosas que había dejado Carmen al partir y mandó a arreglar un cuarto para ella como si la

esperara en cualquier momento. También preparó otro cuarto para sus hijos, los ausentes. Los otros, los de Lastenia, vivían en su casa en el otro extremo del pueblo. En la casona vivió solo el resto de su vida. Las mujeres entraban y salían de la cocina y arreglaban los cuartos de arriba, pero la cama de su casa nueva jamás la compartió con mujer alguna. No fue por fidelidad a Carmen que actuó de esa manera pues para él su matrimonio había terminado. Además no era esa una virtud masculina. Por el contrario, denotaba algo de debilidad de carácter y cierto grado de falta de hombría. Quería disfrutar de su libre albedrío e invitar a quien fuese a su casa a cualquier hora sin tener que contar con la opinión de una mujer que tarde o temprano tiende a ser dominante y acaba por hacer que el hombre se sienta incómodo en su propio hogar. Lo había visto tantas veces. El marido trabaja y se esfuerza por tener su casa propia y acaba viviendo con sus amigos en la cantina del pueblo porque en su hogar la mujer los espanta a todos con su malhumor. . . ¡No señor! A él no le iba a ocurrir tal desgracia.

Demoró cinco años en terminar la casa que poco a poco fue amueblando con objetos traídos de la capital. Cuando llegó la gran mesa de billar él y sus amigos estuvieron tres días festejando el evento. La bajaron del barco con gran dificultad más de veinte hombres en todas las pangas del pueblo para que no se mojara ni un poquito. La mandó a instalar en el cuarto al lado del almacén y allí se jugaba hasta entrada la noche a la luz de las guarichas. Por entendimiento tácito, ninguna mujer se aventuraba más allá de la entrada de la sala de billar que pronto se convirtió en el centro de reunión de los hombres. No había negocio o arreglo político que no se concertara entre carambola y carambola bajo la supervisión de don Manuel que con su presencia dominaba todos los aspectos sociales de la vida del pueblo. En el billar, no se permitían apuestas elevadas ni pagarés al crédito y de ninguna manera se podía entrar borracho. Cuando alguno se le pasaban las copas estando en el salón, discretamente era conducido a su casa ayudado por los empleados en Manuel. Nadie se atrevió nunca a protestar en contra de las reglas impuestas por el dueño del local no fuera a ser que no los dejara entrar otra vez, como le sucedió a Hermenegildo Díaz, un primo segundo de Juancho.

Al calor del aguardiente una noche se violentó al perder por

tercera vez y arremetió contra Braulio profiriendo maldiciones y amenazas. Entre Manuel y Jonás lo llevaron a rastras hasta la playa en donde lo tiraron de nalgas en la resaca de la marea alta y claro, como estaba borracho, por poco se ahoga. Después del incidente el pobre hombre se pasaba las noches vagando como alma en pena por todo el pueblo, abandonado por sus amigotes que no querían sacrificar la tertulia del billar para hacerle compañía.

Las Hijas de María habían encontrado una causa común. Desde los tiempos de Bernabela y las putas de "Las Dos Gracias", no habían tenido un estandarte que elevar en contra del pecado. El billar se convirtió en un bastión que había que derribar si querían conservar la unidad del hogar y la paz de las familias de Chumico. Desgraciadamente para la cofradía, la lucha duró poco. Todo terminó noches después cuando Leonor Vargas, Presidente de la sociedad, increpó duramente a su marido porque éste regresó muy tarde del antro de perdición. El hombre, que andaba de bastante mal humor después de haber perdido varios juegos y no estando para regaños, le propinó una paliza a la mujer que se oyó en todo el pueblo, así de altos eran los alaridos que Leonor pegaba. Además, le prohibió que asistiera a las reuniones de la cofradía so pena de quedarse sin marido. Al perder el grupo su dirigente perdieron la motivación, no fuera a sucederles a ellas lo que a Leonor, quien no pudo salir de su casa por más de una semana por vergüenza que le vieran los grandes verdugones que tenía por todo el cuerpo.

La paz regresó a Chumico y todos acabaron por acostumbrarse a la existencia del billar.

XXXVII

Fue por el año veintidós que el Presidente Porras mandó a buscar a Manuel. La nota era cortés y breve. "A su conveniencia sírvase pasar por la Presidencia de la República para una entrevista con el Excelentísimo señor Presidente de la República doctor Belisario Porras".

Manuel había estado oficialmente alejado de la política casi diez años, pero por sus negocios y contactos era considerado la primera autoridad del área. Sin ostentar ningún cargo oficial, en el distrito no se hacía nada sin antes consultar a don Manuel Muñoz. El tenía una intervención directa o indirecta en cuanto arreglo, componenda o negocio se hacía y su opinión era siempre respetada. Cuando el liberalismo se separó del doctor Porras en el dieciséis para apoyar la candidatura del doctor Rodolfo Chiari, Manuel calladamente había hecho campaña en pro de este último, pero no quiso asistir a la convención que se efectuó en David. El gobierno del doctor Porras ejerció tal presión que muchos pueblos no pu-

dieron votar en las elecciones incluyendo a Chumico y salió electo el candidato del presidente. Manuel se convenció otra vez de que no valía la pena mezclarse en asuntos de política.

Por eso, al recibir la invitación del doctor Porras, se preguntaba asombrado lo que querría de él el señor Presidente. No se sentía halagado por la misiva. Lo pensó bien por varias semanas sin comunicarle a nadie sus inquietudes. Un domingo de septiembre se embarcó bien temprano con destino a la capital. A su llegada se hospedó como siempre lo hacía en casa de Carmen, pero ni a ella le contó el objeto de su visita. Se puso en contacto con varios dirigentes liberales conocidos y amigos de muchos años pero nadie sabía darle información del propósito de la invitación del Presidente. En una sastrería de moda se mandó a hacer un vestido de paño oscuro y corte formal para asistir a la cita que ya había concertado a la Presidencia. En el día señalado el secretario del mandatario lo recibió cordialmente.

—Bienvenido señor Muñoz. El doctor ha estado esperando su visita por varios meses.—

—Chumico está lejos señor Calvo y a veces se dificulta la travesía por mar hasta acá. No tengo idea para qué me quiere el señor Presidente. Me parece que puede tratarse de una equivocación.—

—No hay equivocación señor Muñoz. Usted es bien conocido del doctor.—

Lo hizo pasar a la antesala en donde lo sentó en una incómoda butaca de ancho respaldar. La corbata de seda lo ahorcaba por la falta de costumbre y sentía los pies comprimidos por los botines nuevos, que brillaban de tanto betún. El esplendor de la habitación decorada con el refinamiento de la época lo hacía sentirse fuera de lugar. Los muebles forrados de un brocado amarillo ocre, los pisos de mármol pulido que parecían espejos y el candelabro de reluciente cristal, colgado del cielorraso pintado con paisajes y hermosas mujeres impresionaron favorablemente al visitante, sentado en la punta del sillón. El Presidente entró en la habitación con paso apurado. Al notar la presencia de Manuel se detuvo a saludarlo en forma efusiva con un apretón de manos.

—Señor Muñoz es un placer conocerlo. Pase usted adelante.—

Manuel alcanzó a balbucear algunas frases corteses mientras estudiaba los ojos directos y brillantes que debajo de las espesas cejas lo miraban a través de las gafas.

—Señor Presidente, es un honor para mí saludarlo. —Se inclinó formal, estrechando la mano del doctor Porras nuevamente.—

—Dejemos a un lado las formalidades señor Muñoz. El placer es mío. ¿Desde cuándo no nos vemos? Me acuerdo de su cara bien.—

—Desde la convención de Aguadulce en el doce. Yo no voté por usted doctor —añadió casi desafiante.

—Agradezco su franqueza señor. ¿Y antes de eso no nos conocíamos?—

—Yo pertenezco al batallón Los Cazadores del Pindo durante la guerra y estuve en la batalla del puente.—

— ¡Ah sí! Esos fueron momentos difíciles para todos.—

Por unos momentos se quedó pensativo con la mirada distraída contemplando el mar a través de la ventana. Los discordantes graznidos de las gaviotas interrumpían la paz del atardecer sobre el panorama majestuoso de la bahía.

—Vuelvo y repito: me agrada su franqueza don Manuel. Confío en los hombres que dicen la verdad aunque ésta sea penosa. Sé que usted es un buen liberal a pesar de que no haya estado de acuerdo con mi persona. Para eso somos una democracia.—

Manuel no dijo nada. Se limitaba a observarlo manteniéndose erecto como si estuviera en atención. El secretario les ofreció un café y se marchó dejando solos a los dos hombres. Manuel, a insistencia del Presidente fue a sentarse cerca del escritorio y se entretuvo admirando un hermoso cuadro que colgaba detrás de él. Se sentía vagamente desconcertado ante el hombre que tenía enfrente y que representaba la autoridad de toda una nación. Su acti-

tud amistosa, sin ser dominante, lo había impresionado favorablemente. La imagen que tenía del doctor Porras después de casi veinte años de antagonismo se le iba borrando con el contacto personal. La voz del hombre autoritaria y directa interrumpió sus cavilaciones.

—Don Manuel, lo he mandado a buscar porque necesito de su ayuda. ¿Ha oído usted hablar de las bananeras de Bocas del Toro y Chiriquí? — le preguntó.

“¿De eso quería hablarle? ¡De las bananeras. . . ! Claro que él sabía de esos negocios de extranjeros expoliadores. . . de indios oprimidos. . . Sí: él sabía algo de las bananeras y nada bueno salía de esos negocios”.

El Presidente siguió hablando sin esperar respuesta.

—Este tipo de situación se está dando por toda centroamérica y no podemos permitir que se extienda aún más. ¡Hay que limitar la influencia de estos extranjeros! No estoy de acuerdo con la expropiación de tierras a base del pillaje como está ocurriendo en todos nuestros países. ¡Es una vergüenza! . El área en donde usted vive no solamente es rica en madera fina sino propicia para el cultivo del guineo y el plátano. Lo he traído hasta aquí para pedirle que personalmente se inmiscuya en todas las transacciones de terrenos que ocurran en la región y nos mantenga informados si hay algún atentado de robar tierras o explotar riquezas mal habidas. La avaricia de estos extranjeros no tiene límites. Cuento con gente como usted que no se dejaría engatusar por cualquier advenedizo, ni puede ser comprado, para que nos ayude a proteger nuestra pequeña patria. Bastantes problemas tenemos con el asunto de la Zona del Canal y los norteamericanos. Hemos decidido designar al pueblo de Chumico como cabecera del distrito otra vez y, por consiguiente, tendremos oficinas del Estado allí. Quisiera pedirle que aceptara el cargo de alcalde nuevamente. Así estará al tanto de cualquier negociación que pueda a la larga resultar en perjuicio del país.—

Manuel se sintió halagado por el giro que había tomado la conversación y a la vez recordó con alarma los muchos extranjeros

que habían llegado a Chumico en los últimos meses; unos, en busca de pieles y madera y otros, a explorar el área de la selva virgen más allá del Tatumí. Ya le había tocado expulsar del pueblo a un gringo sinvergüenza que estafaba a los indios cambiándoles licor barato por pieles de lagarto y tigrillo que a buen precio se vendían en la capital. Sí: el Presidente tenía razón en lo que temía y Manuel aceptó su proposición. Discutieron la situación del distrito por horas y aquel hombre extraño de pelo blanco y ojos de fuego acabó por llenarlo de un profundo respeto.

A pesar de su ignorancia, Manuel se daba cuenta de que algo importante estaba ocurriendo en la república y que de estos sucesos dependería la suerte de futuras generaciones. Había que acabar con la apatía del pueblo acostumbrado a plegarse ante la ambición de extranjeros inescrupulosos. Al final de la entrevista se despidieron con un abrazo amistoso.

—Señor Presidente, puede usted contar con mi apoyo y prometo que no he de defraudarlo — dijo Manuel con voz firme.

Este fue el principio de una amistad que duró hasta la muerte del doctor Porras ocurrida en el año cuarenta y dos. El amor a la patria borró las diferencias que habían existido entre los dos hombres.

XXXVIII

El verano que la niña pasó con el abuelo Manuel en Chumico fue para ella una experiencia inolvidable. Lejos quedaron las recomendaciones de Carmen Eugenia y la agonía de la abuela Carmen. Subía y bajaba lomas y cerros descalza y despeinada, la piel quemada por el sol después de unos cuantos días de libertad, acompañada por un séquito de primos y primas siempre dispuestos a complacerla en sus menores deseos. Todos los días se bañaban en la bahía con la marea llena, vigilados por el indio Faustino, fiel empleado del abuelo. Sentado en su chingo atento a cualquier peligro de vez en cuando se paraba en la embarcación y gritaba a voz en cuello:

“ ¡Tintorera. . .Tintorera! y todos salían corriendo del agua en un revuelo de espuma y carcajadas de chiquillos y se quedaban en la arena atentos a la señal del indio, para volver a bañarse una vez que el peligro había pasado. A Carmencita le parecía que Faustino los asustaba para hacerse el importante porque por

mucho que se esforzaba nunca pudo divisar la temida aleta a ras del agua.

— ¿Pero dónde está la tintorera? No veo nada.—

Por allá va —el indio apuntaba con el dedo hacia las olas— y es una grandota. Tiene cara de hambre. . . —

—Claro está, que por si acaso, nadie se atrevía a meterse en el mar otra vez hasta que el indio les avisara que no había peligro.

Por la noche se sentaban en el atrio de la iglesia a echar cuentos de miedo y nadie se aventuraba a regresar a su casa solo. A golpe de ocho de la noche, la Señora Lastenia interrumpía la tertulia de los chiquillos, repartiendo caramelos de coco que ella misma hacía y los mandaba a dormir. La vieja acompañaba a Carmencita hasta su cuarto en donde le cepillaba con fuerza el pelo encrespado por tanto sol y agua. A primera hora de la mañana, después del abundante desayuno, comenzaban a corretear por el pueblo. Le tiraban piedras a los gallotes en el muladar y subían la loma del cementerio a ver si veían el fantasma del brujo Amelio o si encontraban huellas de la Tepesa en el lodo. A la hora del rosario, las muchachitas y la prima de la capital se sentaban todas juntas en la última banca de la iglesia, empujándose a ver a quién tumbaban, reprimiendo las risitas que les provocaban las miradas airadas de las beatas. De noche, después que la señora Lastenia las dejaba debajo del toldo supuestamente dormidas, las chiquillas se levantaban silenciosas y por una rendija en el piso, se ponían a mirar a los jugadores en el billar. Con los ojos brillantes seguían los movimientos de las bolas blancas sobre el tapete verde y hasta aprendieron a llevar la cuenta de las carambolas que los hombres marcaban con la punta del taco deslizado las cuentas de vidrio sobre el alambre que colgaba encima de la mesa.

Una mañana, cuando nadie las buscaba, se metieron en el cuarto prohibido y se pusieron a jugar imitando los movimientos que tantas veces habían visto ejecutar a los hombres. Don Manuel las sorprendió en medio de la fechoría y a gritos mezclados con risa, las expulsó del salón, amenazándolas con toda clase de castigos que nunca llegó a cumplir. Al contrario: orgulloso le

contó a los amigos que la nieta tenía buen ojo para el juego. El la llevó a pescar al río y le enseñó las guaridas de los caimanes en el fango de la ribera.

A fines de febrero cuando Carmencita llevaba seis semanas en Chumico, llegó el mensaje de que la abuela Carmen había muerto. Manuel la lloró en silencio, sin contarle la noticia a nadie. Pero Lastenia adivinó al notar su estado de ánimo y se ocupó de mantener a todos los vecinos alejados del viejo para que no lo molestaran en su duelo. Manuel, por primera vez en todos esos años de separación, sintió vagos remordimientos pero era muy tarde para recriminaciones. Lo pasado no tenía remedio y por más que trataba de evocar los momentos de amor y comprensión el paso de los años y la prolongada ausencia pudieron más y sólo encontró el vacío. El viejo se dio cuenta que ya él no tenía pasado ni futuro. Sólo le quedaba el momento actual y tenía que aprovecharlo. Pensó en Carmen y evocó su cara juvenil y su sonrisa tímida. ¿Acaso la volvería a ver otra vez? A pesar de las muchas novenas y rezos en la iglesia él no estaba del todo convencido de que existía el más allá; por el contrario. Todos esos cuentos de cielo e infierno le parecían pura falacia pero nunca se había atrevido a expresar pensamientos tan pecaminosos en voz alta. ¿Para qué? Nadie lo iba a entender. Melancólico indagaba en sus recuerdos una y otra vez y por mucho que sondeaba su memoria no lograba encontrar la causa de la pérdida de la ternura entre él y la mujer que acababa de morir. No le quedaban lágrimas con qué llorarla y se sintió viejo y agobiado. Después de una semana de duelo personal decidió comunicarle la mala nueva a Felicia que había sido tan amiga de Carmen todos esos años y la visitaba en sus viajes a la capital.

—Pobre Carmen, ya descansó— dijo Felicia con los ojos velados por la ceguera mientras las manos deformes repasaban incansables las cuentas del rosario.

A la nieta, el viejo le dio la noticia con tono solemne. La niña no acababa de comprender el alcance de la muerte y la abuela había estado enferma tanto tiempo, que su presencia en la casa se había convertido en una sombra encerrada en un cuarto que olía fuertemente a medicinas. Más que la nueva la impresio-

naron las lágrimas del abuelo que parecía otra persona. En su misiva Carmen Eugenia le pedía a Don Manuel que enviara a la hija de vuelta cuanto antes, pero el viejo decidió no mandarla. Se imaginaba el ambiente de luto en la casa y era mejor que la niña no estuviera en el medio. Además, todavía le quedaba un mes de vacaciones y él no veía razón para interrumpirlas.

Los vecinos organizaron un novenario para honrar a la difunta aunque eran pocos los que se acordaban de la maestra Carmen. Ella se había ido para no volver hacía más de treinta años.

—Padre Eterno, rey de la claridad: Sácala de pena y llévala a tu eternidad. —Las rezadoras, inspiradas, entonaban sus letanías en honor de la difunta.

Se trataba de la esposa del hombre más importante del pueblo, dueño de la planta eléctrica, la piladora de arroz, diez balandras, una gasolinera y el almacén más grande del distrito. Los rezos fueron muy concurridos había que cumplir con Don Manuel. El billar permaneció cerrado por nueve días por primera vez en veinte años. Don Manuel se colocó en la manga izquierda de la camisa una cinta negra bien ancha en señal de duelo y allí la usó por más de dos años.

Quizás el asunto del ataúd comenzó por el estado de ánimo que tenía el viejo durante esos días después de la muerte de Carmen. La cosa fue bien sencilla.

Una de las nietas de Lastenia, la mudita a la que le daban ataques desde niña y era tan enfermiza, un buen día amaneció muerta. Se fue en silencio, sin alardes, como uno de esos pajaritos que pliegan sus alas y de repente dejan de piar. La encontraron fría y con los ojos abiertos acurrucada en su catre. La madre de la niña comenzó a dar alaridos que pronto alertaron al pueblo de que algo grave acababa de suceder. Los vecinos, preocupados, se congregaron frente a la casa sin saber qué hacer. Manuel estaba todavía acostado cuando le avisaron; la noche anterior había sido el último día de rezos en memoria de Carmen y se sentía cansado. El golpe de la mala nueva lo dejó aturdido ya que la niña había sido siempre su favorita, porque a pesar de su mudéz era inteligente y cariñosa.

“ ¡Maldita sea! —se dijo— la muerte anda rondándome. ¿Por qué no cargó conmigo que ya estoy viejo?” Se vistió de prisa.

Los aullidos de los perros, alborotados por los gritos de los dolientes, despertaron a Carmencita y a las primas. Acuciadas por la curiosidad que la novedad les producía, prontamente bajaron a ver a la difunta. Fue ese el primer encuentro de la niña con la muerte. No se asustó de ver a la mudita, con la que había jugado el día anterior, tan pálida, recostada en el catre con los brazos cruzados como si estuviera rezando y con una sonrisa misteriosa en los labios rígidos y morados. Pensativa se quedó mirando y mirando tratando de comprender la eternidad del suceso.

—Abuelito, abuelito, préstele su ataúd a Julita. ¡Pobrecita! —
No tiene cajón—

— ¿Qué dice hijita? ¿ Qué quiere?—

—Que le preste su ataúd tan bonito a la primita.—

—Sí abuelo, diga que sí-- le pedían a coro las otras nietas con ojos llorosos. Todas habían jugado a meterse en el ataúd del abuelo y recostadas sobre el mullido terciopelo se hacían las muertas mientras las otras rezaban burlonas y entre risitas calladas, no fuera a ser que alguien las cogiera en medio de la travesura y les propinara una buena rejera por atrevidas. Sólo el machigua del abuelo se había dado cuenta en qué se entretenían, pero nunca las había delatado. Ante tanta insistencia, el viejo mandó a buscar el ataúd al depósito detrás del billar. Lo colocaron en medio del cuarto después de sacar los pocos muebles que había. La muerta se veía casi perdida en el enorme cajón que rellenaron con flores traídas del monte.

—Las puertas del cielo se abren de par en par para recibir a este ángel que allá ha de volar. Rogad por ella-- entonaban las mujeres quejumbrosas agobiadas por la larga noche en vela mientras que los hombres hartos de aguardiente dormitaban aquí y acullá.

Cuando llegó la hora de partir al cementerio, la sacaron del

enorme ataúd y la recostaron en un cajón de tablas viejas que habían clavado durante la noche. Don Manuel trató de protestar pero no lo dejaron.

—Este es su ataúd papá— le dijo Manuel Vicente, el mayor de Lastenia.

--Yo le cambiaré el forro— le aseguró ella.

Se llevaron a la muerta loma arriba en su modesto cajón mientras que otros devolvían el ataúd de Manuel a su lugar en el depósito y lo cubrieron con la lona. Así de sencilla fue la historia y no las mentiras exageradas que se contaban años después. A las pocas semanas murió Gregorio Grajales en un accidente. Se rompió la nuca al caerse de una palma en donde se había encaramado a tumbar cocos. Su pobre mujer quedó sola con cinco hijos chicos ya que no tenía parientes en Chumico. Juancho era compadre del finado, padrino del tercer hijo y fue él quien le pidió prestado el ataúd por segunda vez a Don Manuel para velar a Gregorio mientras le cosían un saco de lona gruesa para enterrarlo. Manuel trató de negarse pero acabó accediendo a la petición del amigo porque no quería ser tachado de egoísta. El pueblo se sintió conmovido ante la muerte violenta de Gregorio y la penosa situación en que quedaban la viuda y los hijos. Las rezadoras estuvieron muy inspiradas con tanto público que asistió a los rezos.

El morir en Chumico se convirtió en toda una ceremonia. Como el famoso ataúd pesaba tanto decidieron dejarlo en el lugar en donde Manuel lo guardaba. El cuarto lo arreglaron con el ataúd en medio montado en dos caballetes de madera. La amplia casa de Don Manuel podía acomodar mejor que ninguna otra en el pueblo a todos los dolientes. En los días que había velorio, cerraban el billar y los deudos se congregaban en el cuarto de atrás o por fuera, a orillas de la quebrada. Don Manuel había mandado a empedrar el área y hasta le puso techo para proteger a los deudos en los días lluviosos. Lastenia, incansable, cambiaba el forro del ataúd después de cada velorio y de vez en cuando lo sacaba al sol para que se oreara. El viejo ya no decía nada. Silencioso, fumaba su pipa sentado a orillas de la quebrada, mientras que las rezadoras

solemnes declamaban sus oraciones pidiendo misericordia al Todopoderoso por el muerto de turno. Alguien mandó a comprar cuatro jarrones grandes y cirios que colocaban en las esquinas del ataúd lo que dio al velatorio un aire elegante. Las paredes las fueron cubriendo poco a poco con retratos de los difuntos que por allí habían pasado a falta de retratos algún recordatorio. Solamente a los ahogados los enterraban sin demoras. Cuando lograban dar con ellos, si es que el mar soltaba su presa, ya apestaban y no se podían andar con ceremonias.

El padre Juan regresó al pueblo para las fiestas de marzo del cuarenta y tres y esta vez se quedó casi dos meses. Con el cura allí, las honras fúnebres de los que se murieron durante esas semanas se realizaron con gran pompa en la iglesia bajo la mirada triste del Cristo. Claro está que a nadie le gustaba tener muertos durante la época de fiesta, pero sintieron orgullo de lo inspirado que había estado el padre Juan cuando murió Jacinto Piedras de una apoplejía.

El hecho ocurrió cuando iba cargando el anda del Cristo durante la procesión, por eso el muerto fue velado con gran pompa y el padre dejó chiquitas a las rezadoras a quienes no permitió que abrieran la boca. Fue un responso inolvidable! El cura habló de cielos e infiernos, ángeles y demonios y hasta mencionó varias veces a un tal Dante.

—¿Quién será ese señor Dante?— se preguntaban los chumiqueños.—A lo mejor es algún político español porque aquí en Panamá no conocemos a nadie que se llame así. ¡. Solamente un político puede conocer al infierno tan íntimamente! Al padre Juan, con la característica frugalidad de los de su raza, le pareció espléndida la idea de usar el ataúd de Manuel para todos los velorios.

—Este ataúd es una obra de arte. Para que se pudra o se lo coman los gusanos es mejor sacarle provecho. . .— Efusivo, felicitó a Manuel por su iniciativa y el otro, avergonzado, no se atrevió a contarle la verdad del asunto. Al año siguiente cuando el cura regresó, le traía de regalo unas agarraderas de plata pura que él había mandado a hacer en el Perú. Después de eso a nadie se le ocurrió en Chumico mandarse a hacer un ataúd de lujo si ya con el de don Manuel les bastaba.

XXXIX

Durante el último año de la Presidencia del Doctor Porras, Manuel se encontraba en la capital despidiendo a su hija Carmen Eugenia que se iba a estudiar, becada por el gobierno de los Estados Unidos. Ella había terminado sus estudios en la Normal de Institutoras y había conseguido trabajo en Arraiján pero no estaba satisfecha y deseaba una mejor preparación. Carmen, al principio se había opuesto al viaje, calificando la idea de irse tan lejos como una locura pero la octogenaria Tía Eugenia, tan lúcida y mordaz como siempre, le hizo ver que era menos atrevido irse a Nueva York a estudiar en el año veinticuatro que a Chumico a trabajar como se fue ella en el noventa y siete.

—De tal palo, tal astilla— afirmaba la anciana cada vez que madre e hija se enfrascaban en discusión acerca del viaje.

Manuel, por su amistad con el Presidente de la República había conseguido una recomendación para que le dieran la beca a

su hija que era una alumna brillante. El se sentía justamente orgulloso de su hija mayor y aunque también se preocupaba por lo del viaje, ella acabó por convencerlo usando argumentos irrefutables.

—Nueva York no está tan lejos, papá. Yo quiero superarme. En estos tiempos es necesario estar bien preparada para ganarse el sustento. No deseo ser una maestra el resto de mi vida y en este país existen pocas oportunidades de estudio para las mujeres.—

—Pero hija, ya es hora de que piense en formar un hogar.—

— ¡Ay papá . .! No me hable de matrimonio. No tengo la menor intención de casarme por ahora. Necesito estudiar un poco más.—

Unos días antes de la partida de Carmen Eugenia, Manuel fue al Bazar Francés a comprarle un regalo de despedida. El no entendía mucho de esas cosas pero quería regalarle algo fino para que se llevara un buen recuerdo. Y fue allí donde conoció a Isabel.

—Señorita por favor, ¿puede ayudarme? —preguntó algo incómodo ante tanta prenda íntima de mujer en exhibición en las hermosas vitrinas.

La mujer inclinada, arreglaba uno de los mostradores se levantó rápidamente deslumbrando a Manuel con una sonrisa que le llenaba la cara. El hombre notó enseguida el esbelto talle y el discreto escote que dejaba adivinar los senos blancos y firmes.

—Con mucho gusto Señor. ¿En qué puedo servirle? — le contestó risueña mirándolo a través de las gruesas pestañas que adornaban unos ojos color de miel.

—Quisiera que me ayudara a escoger un regalo especial para una dama de su porte, si me perdona el atrevimiento—.

—No se preocupe usted. ¿Es su esposa? — indagó curiosa.

—No, es para mi hija que sale de viaje dentro de unos días. Va a estudiar a los Estados Unidos. —añadió— Por allá hace mucho frío y quisiera algo que le sirva de abrigo.

— ¡Caramba. . .! Usted no parece tener edad para ser padre de una hija grande, —coqueta, lo piropeaba suspirando.

Le tomó casi media hora decidirse por un precioso chal de seda negra. Ella lo acompañó hasta la caja cuando fue a pagar y él no se dio cuenta del destello de codicia que sobresaltó a la mujer al notar el grueso fajo de billetes que Manuel sacó del bolsillo. Como buen interiorano, desconfiaba de los Bancos —esas instituciones que vaya usted a saber qué hacen con la plata de uno —y siempre que iba a la capital llevaba sus dólares en un apretado rollo en el bolsillo de la levita.

Regresó al día siguiente al almacén con el pretexto de comprar unos pañuelos y como iban cerrando el establecimiento, la esperó afuera. Ella se dejó escoltar hasta el cuarto en donde vivía en la calle cuarta mientras le contaba los pormenores de su vida que creyó conveniente.

Se llamaba Isabel Pérez y era oriunda de Las Tablas. Había enviudado durante la guerra de Coto y vino a la capital acompañada de una hermana a buscar trabajo, dejando su hija de dos años al cuidado de una tía.

Manuel se enamoró de ella con el ímpetu de sus cuarenta y siete años. Como solamente se enamoran los hombres cuando han vivido demasiado y después de dar muchas vueltas. Parecía estar embrujado. La esperaba todas las tardes después que cerraban el Bazar para acompañarla hasta su cuarto. Isabel que era algo codiciosa y llena de melindres, jugaba con Manuel haciéndose la tímida y modosa y el hombre se tragó el anzuelo completamente. El la trataba como si ella fuera una reina sin darse cuenta de que estaba haciendo el ridículo. La hermana de Isabel nunca los dejaba solos, cuando llegaba a visitarlas de noche engalanado con sus mejores ropas. Siempre encontraba ocasión para darle las quejas a Manuel de lo mal que comía la pobrecita Isabel.

—Se va a baldar con lo que trabaja Don Manuel. Ella necesita comidas especiales.—

En secreto comenzó a darle plata a la hermana para ayudar a las dos mujeres que vivían en situación precaria. Catalina era mucho mayor que Isabel; mujer reseca, de ojos desconfiados y boca llena de amarguras, solterona porque el destino así lo quiso ya que ella bastante que se había esforzado en conseguir marido sin lograrlo. Pasaba los días bordando primorosos diseños en punto de cruz en una pollera en la que llevaba meses cosiendo por encargo de una encopetada dama esposa de un político famoso. Claro que bordando ramos y guirnaldas se ganaba poco y las dos vivían del mísero sueldo que ganaba Isabel en el almacén. Ninguna de las dos sabía el rumbo que había cogido el marido de Isabel cuando la abandonó embarazada, e inventaron el asunto de la viudez por la guerra de Coto para darle a la muchacha un aura de respetabilidad. El borrachín del marido se aburrió de verse acosado por la furia de las dos mujeres que le exigían que buscara trabajo y acabó por largarse sin decir adiós. Al principio, Isabel soñaba a diario que lo veía sangrando y casi muerto y de esos sueños surgió la idea de decir que se había alistado para ir a luchar en la guerra que se libraba en la frontera por esos días y de tanto repetir la historia ella misma acabó por creer su veracidad y hasta se le humedecían los ojos cuando mencionaba al desgraciado esposo. Manuel les había caído como regalo del cielo y a pesar de que era negro se convencieron que de alguna forma lo tenían que atrapar. Ya Isabel estaba cansada de trabajar tantas horas parada detrás de un mostrador por un mísero salario.

En contra de su costumbre Manuel se quedó varios meses en la capital a donde solamente había venido a despedir a Carmen Eugenia. La habían llevado en el tren él y Carmen hasta el puerto de Cristóbal. El vapor en donde la hija se iba a embarcar les pareció enorme. Manuel nunca había visto de cerca un barco tan grande y se entristeció ante el entusiasmo que demostraba la hija ansiosa por zarpar cuanto antes.

Carmen se despidió de ella con lágrimas en los ojos y plagada de negros presentimientos que no lograban disipar las palabras de entusiasmo de Manuel, quien trataba de consolarla sin lograrlo.

Ella sola sufría la angustia de perder a la hija que había levantado con tantos esfuerzos. ¿Qué sería de ella en ese mundo extraño de Norteamérica en donde ni siquiera se podría entender al principio ya que hablaba poco inglés? A través de las lágrimas no podía hacerse partícipe del entusiasmo general del público que la rodeaba en un ambiente de carnaval.

—No se preocupe Carmen. La muchacha es inteligente y le va a ir bien— le dijo Manuel al oído. —Le he dado suficiente dinero para que pueda vivir cómodamente mientras encuentra un trabajo que la ayude a terminar la escuela.—

Regresaron los dos en silencio durante el largo viaje en tren, absortos en sus pensamientos y en los recuerdos de la hija que se alejaba. Carmen le rezaba a su Dios para que la protegiera de peligro, mientras repasaba las cuentas del rosario que, siempre llevaba en el bolsillo. Ahora le quedaba un solo hijo que criar. Gracias a Dios que ya iba encaminado en la "Escuela Artes y Oficios. De allí saldría con una profesión con qué ganarse la vida.

Manuel continuó cortejando a la tableña con ardor. El deseo que sentía por la mujer lo poseía en tal forma que casi no podía pensar en otra cosa. Un buen día la hermana, los dejó finalmente solos, con el pretexto de que tenía que ir a entregar una costura. Fingiendo toda clase de pudores Isabel se dejó seducir por el hombre que cegado por la pasión no se daba cuenta de que era él la víctima. La poseyó allí mismo, sobre el pequeño sofá de la salita. Le quitó la ropa con la furia del deseo reprimido por tantas semanas de espera y a la vista del cuerpo de alabastro de la mujer quedó aún más prendado de ella. Isabel jadeante, aceptaba sus caricias fingiendo un placer que no sentía pero acabó por verse inundada por el fuego que lo poseía y la extraordinaria potencia del hombre terminó por maravillarla. El la besaba casi con rabia hasta hacerle daño pero a ella no le importaba. Catalina regresó más tarde y se encontró con la puerta del cuarto trancada. Cuando trató de entrar, la voz ronca de Isabel le ordenó desde adentro que se fuera y regresara más tarde. Escandalizada, sin saber qué hacer, la hermana fue a refugiarse en la casa de una vecina que curiosa trataba de averiguar qué estaba pasando. Manuel se quedó toda la noche con Isabel y al día siguiente la mudó a otro cuarto en calle

novena dejando sola a Catalina.

Por días enteros se quedaban los dos encerrados, revolcándose en la cama sin tiempo para comer o dormir. Era como si Manuel se hubiera olvidado de toda su vida anterior encerrado en el cuerpo de la mujer que tanto deseaba. Fornicaban por horas sin fin, entre hipos y suspiros de mujer y olores de macho en celo.

Tres semanas más tarde Carmen mandó a buscar a Manuel con un chiquillo. El se asombró de que ella supiera su paradero. Algo muy serio debía estar pasando para que Carmen se atreviera a llamarlo a sabiendas del lugar en donde estaba. Apresuradamente salió hasta la casa en donde la mujer lo recibió sin demostrar la menor emoción al verlo llegar, escuálido y barbudo.

—Siento haber tenido que molestarlo —le dijo— pero llevo casi diez días tratando de encontrarlo. Una vecina me informó que usted visitaba a esas tableñas y fue así como di con su nuevo domicilio— la voz, cortante y fría.

—¿Que está pasando? Ha habido alguna mala noticia de Carmen Eugenia? — preguntó Manuel.

—No, no se trata de nuestra hija, gracias a Dios. Ha llegado un mensajero de Chumico, Juancho está muy grave y desea verlo antes de morir—. ¡Juancho grave...! Su mejor amigo... Su viejo consejero desde los tiempos de la guerra...!

De repente volvió en sí. Hacía tantas semanas que Chumico no pasaba por su mente empecinado como se encontraba con Isabel. ¿ Estaba loco? ¿Cómo era posible olvidarlo todo por una mujer por bella que fuese? Tenía sus negocios abandonados desde hacía varios meses. Juancho era quien se ocupaba del almacén y el billar mientras él se paseaba por la capital. Nunca, con excepción de los años de la guerra, había pasado tanto tiempo lejos del pueblo. Pensó en Lastenia y los hijos que había dejado ella y se dio cuenta que tenía que regresar cuanto antes. Sin dar explicaciones, a sabiendas de que Carmen no las necesitaba, salió corriendo rumbo a la playita del mercado, para averiguar la salida de cualquier barco que lo devolviera al pueblo.

Se asombró de ver una de sus balandras cerca del muelle. Un marinero al percatarse de su llegada salió de la cantina situada al lado del mercado.

— ¡Ay Don Manuel..! ¡Qué bueno que ya está aquí! Vinimos a buscarlo hace días pero nadie podía darnos noticias tuyas. Yo mismo he ido todos los días a casa de la Niña Carmen pero ella tampoco sabía nada...—

—Vaya a bordo y dígame al Capitán que salimos con la marea en tres horas.—

—Sí, señor, enseguida — salió disparado encaramándose en la panga que ya comenzaba a levantarse del fondo con la marea creciente.

Manuel regresó a la casa de Carmen a recoger sus pertenencias. La mujer lo despidió sin reclamos mandándole saludos a Felicia y deseos de que Juancho se recuperara prontamente. No era mujer de peleas. Si él quería enredarse con mujerzuelas, allá él..

Isabel no fue tan comprensiva. Cuando le anunció que tenía que regresar al pueblo primero recurrió a las lágrimas y después lo recriminó duramente. No estaba dispuesta a perderlo tan fácilmente por tonterías.

—Tengo que irme Isabel. Es mi mejor amigo el que me necesita. Está gravemente enfermo y no puedo dejarlo solo. Ojalá que lo encuentre con vida a mi regreso porque nunca me perdonaría si no alcanzo a verlo por última vez.—

Con caricias y sollozos trató de convencerlo para que se quedara con ella pero al ver que era inútil montó en cólera y acabó gritándole que se largara que ella no lo necesitaba para nada.

— ¡Eso me pasa por acostarme con un negro!— vociferó al verlo salir. Esa fue la única vez en su vida que Manuel abofeteó a una mujer y lo hizo con tanta rabia que le partió un diente.

XL

—Don Manuel Muñoz pasó a mejor vida un martes veintiuno de septiembre a las tres de la tarde mientras dormitaba los vapores del mediodía. No lo cogió desprevenido; ya él sabía que la Muerte lo andaba rondando. La había visto varias veces vestida de azul sentada en la playa tejiendo afanosa una enorme red, de esas que se usan para atrapar camarones. El la reconoció enseguida. ¡Cómo no iba a reconocer a su vieja amiga, la compañera de tantas jornadas. ¡Una de esas veces trató de hablarle pero ella lo miró en silencio con sus ojos bondadosos y profundos y echándose la red al hombro se había ido caminando lentamente hasta perderse en el confín de la playa.

—Regresa pronto. . . —le gritó Don Manuel— Te estoy esperando.—

Ya él tenía noventa y dos años de edad y aunque todavía era fuerte el tiempo le pesaba demasiado. Había visto morir uno a

uno a sus mejores amigos y a la compañera de toda su vida, Lasterenia. El pueblo se había ido llenando de gente extraña a quien no reconocía y ni se acordaba de cuántos hijos había tenido; sólo sabía que todos habían crecido sanos y fuertes gracias a Dios. Su semilla había echado raíces muy hondas y se había regado por muchas tierras.

Desde que se dio cuenta de la presencia de la Muerte en la playa, había comenzado a prepararse para recibirla. No quería dejar nada por hacer y con cuidado anotó en un cuaderno sus últimos deseos, adjudicando las pocas posesiones que todavía le quedaban. Hacía tiempo que había repartido la mayoría de sus tierras y embarcaciones entre los nietos que crecieron junto a él en Chumico. Los otros, los que vivían en la capital, no necesitaban de tierras en el monte ni de balandras destartadas por el tiempo y la furia del mar.

Algunos de éstos ni los conocía porque hacía mucho tiempo que no salía del pueblo. Estaba casi sordo y el tráfico de las calles congestionadas de la capital lo asustaba. La única que venía a visitarlo a Chumico de vez en cuando era Carmencita la nieta con la que siempre mantuvo una relación especial. Poco a poco hizo su lista para dejar repartidas sus cosas. No quería peleas después de su muerte. Había visto familias enteras que se tornaban enemigos peleando sobre los despojos de herencias sin repartir. Eso no estaba bien y a él no iba a pasar tal cosa.

—El tablero de mármol para jugar damas, un regalo de la nieta que vivía en España, se lo dejaría al maestro Felipe que tanto lo admiraba cada vez que sostenía un partido amistoso. Las botas de cuero italiano que había usado una sola vez porque le apretaban mucho serían para Modesto, el nieto vanidoso que le gustaba lucirle a las mujeres la elegancia de sus movimientos cuando bailaba el tamborito. La jaula grande con los diez sinsontes azules cazados en las profundidades de la montaña, más allá del Río Escondido se los dejaría a Doña Higinia: ella los cuidaría bien. La levita negra, la que había usado en las grandes ocasiones y que ahora reposaba guardada en el estante lleno de bolas de alcanfor — porque hacía mucho tiempo que nadie se acordaba de él en la capital para invitarlo a ceremonias solemnes— se la dejaría al hijo

de Obdulia, el muchacho que andaba lleno de ambiciones políticas tras de obtener el título de abogado. ¿Y sus libros? Los acarició con tristeza. Tomo tras tomo cuidadosamente colocados en la estantería que él mismo había fabricado con madera de caoba. Voltaire, Rabelais, Dumas, sus amigos y compañeros en las largas horas de soledad. Su nieta Carmencita le mandaba desde lejos cajones llenos de libros. ¡Cómo los había disfrutado...! Ya después de viejo se apasionó con las aventuras de personajes como Sherlock Holmes y Rocambole. Con ellos había visitado las cuatro esquinas del planeta y sus pies recorrieron todas las ciudades del mundo.

¿A quién podría dejarle estos tesoros que lo apreciaran tanto como él?

—“A la gente ya no le gusta leer- pensaba. Solo quieren oír novelones en la radio o leer paquines escritos para idiotas”—

Quizás a la maestra le gustaría formar una pequeña biblioteca aunque lo dudaba. A sus nietos sólo les entusiasmaba la pesca y los otros de la capital tenían libros por montones finamente encuadernados. Ojalá que los niños de la escuela lograsen interesarse en la lectura como antaño cuando un libro era objeto de reverencia y alegría. Suspiró hondamente agobiado por sus recuerdos. Todavía le quedaban unas cuantas perlas guardadas desde tiempos inmemoriales en el canuto arriba del horcón de la cocina. Esas eran para su nieta Carmencita. Ella sabría lucirlas con elegancia. La hebilla de oro de dieciocho quilates con sus iniciales sería para el hijo de Isabel que se llamaba igual que él.

—Ya las cosas habían perdido significado para el viejo y llegó a darse cuenta de lo inútil que es la codicia humana. Tanto desear poseer y al final nada importa al momento de enfrentarse con la inevitable visita de la Parca. Curioso recorría en la memoria todos los senderos de su vida entreteniéndose aquí o allá con recuerdos más o menos agradables y encrucijadas que quizás hubieran alterado el curso de su existencia. ¿Acaso cambiaría algo en su vida si volviera a renacer o todo continuaría igual como estaba predestinado desde el principio del tiempo? Honores no le habían faltado y de muy pocas cosas se arrepentía; había tenido muchos

amores y demasiado trabajo. ¡Qué razón tenía su amigo el Doctor Porras cuando le decía que hay que ser de tierra adentro para amar la tierra de verdad. . .! Hubiese querido hacer más por su pueblo pero la desidia de sus habitantes se lo había impedido. ¡Cuánto había llorado al perder a su gran amigo el viejo luchador de Las Tablas . .!. . .Aún guardaba celosamente las cartas que el estadista le había enviado a través de los años. Esos recuerdos se irían con él.

Ya nadie se acordaba del viejo patriota que tanto había luchado por la pequeña patria panameña.

“¿Quién rezará por mi alma? —pensaba— Ese cura tan intelectual que nos han mandado se pierde en divagaciones teológicas que nadie en este pueblo entiende. Prefiero los rezos de Margarita Quintero” .

—Le parecía que el lenguaje simple y llano de la rezadora del pueblo llegaría más cerca de Dios que el insoportable seseo del cura español, empeñado en llevarlos por vericuetos bíblicos, que a todos aburrían.

Fue ordenando sus cosas poco a poco.

La Muerte vestida de azul lo seguía por las calles y a veces entraba con él a rezar por las tarde en la iglesia.

Aquel día de septiembre amaneció clarito, con ese resplandor del sol que hace más sonoro y más fresca, el canto de las aves, y la brisa del mar. Manuel se levantó temprano como de costumbre y se asomó a la ventana a ver si la veía sentada a orilla de la quebrada tejiendo su red, pero no pudo divisarla. Se vistió y bajó a desayunar sin hambre sólo por la fuerza del hábito. Por distraerse un poco se fue a caminar por la playa. Cuando llegó a la punta se dio cuenta de que el mar había cambiado de color y ahora estaba casi gris con tonos verdosos que presagiaban tormenta. La brisa comenzó a golpear el rostro con fuerza y se preguntó si se habría equivocado al pensar que la mujer vestida de azul era para él y no de otro. Empujadas por el viento las nubes corrían por el cielo cubriendo con su cuerpo preñado de lluvia el resplandor del sol. Se

sentó en la arena acostándose sobre una roca y sin saber por qué se acordó de su hermano Nicolás. Habían pasado más de sesenta años desde su muerte y sin embargo evocaba su rostro joven, inteligente y travieso, un rostro sin preocupaciones, siempre dispuesto a la próxima aventura. ¡Qué raro acordarse del hermano...! Debía ser que su ánimo lo estaba llamando desde su refugio en el fondo del mar. Se sintió muy cansado y durmió, con el sueño titubeante de los viejos.

Soñó con la maestra Carmen. La veía joven y sería dando clases en un aula desierta y al tratar de acercarse a ella se le esfumó de entre los brazos. Se despertó con el cuerpo frío por la lluvia que caía locamente y con dificultad se levantó regresando con paso cansado tratando de protegerse la cara con el ala del sombrero. Así se encontró con ella de frente y se maravilló al ver el resplandor de su traje azul mojado por la lluvia. Estaba parada en medio de la playa con el negro pelo suelto sobre la espalda y por primera vez se dio cuenta de que su rostro se parecía al de Josefa su madre. Siguió caminando sin detenerse al contemplarla porque ya estaba seguro que le faltaba poco tiempo y se sintió aliviado.

Las nietas lo vieron llegar pálido y completamente mojado. Entró a la cocina y se sentó cerca del fogón como quien tiene mucho frío.

- Abuelo, ¿se siente mal? le preguntaron solícitas.

-No no es nada— les contestó— solamente me he mojado un poco y tengo frío.—

-La comida está lista abuelo ¿No quiere un plato de sopa de pescado? Está muy sabrosa.—

-No gracias. Me siento fatigado y quiero recostarme un rato— les dijo al subir.

-En cada paso vacilante sentía el crujir de los viejos escalones de madera y sin saber porqué se puso a contarlos, asombrándose de no conocer su número exacto después de tantos años de subir y bajar por el mismo sitio. Las mujeres en la cocina, sin

percatarse de los pasos vacilantes, seguían llamando a gritos a los chiquillos para que acudieran a tomarse la humeante sopa. Al llegar a la habitación, el viejo se tendió sobre el ancho lecho y se sintió confortado por el calor de las sábanas que le desprendían un poco la humedad de la ropa. Sus dedos buscaron debajo de la almohada el rosario que la nieta le había mandado desde Roma y que había sido bendecido por el Papa en persona.

Lentamente comenzó a desgranar las cuentas recordando con dificultad los misterios que su voz repetía con la monotonía del rezo aprendido a través de años de devoción cotidiana.

“ ¡Viejo Hipócrita! ” se dijo molesto consigo mismo— ¿Por qué rezas ahora? A estas alturas tratando de comprar la eternidad? No dízque no le tenías miedo a la muerte?—

Se distrajo contemplando a la mujer vestida de azul sentada al pie de su cama. La habitación se llenó de recuerdos de su madre Josefa y de Francisco que afanoso construía uno de sus hermosos barcos. Sus amigos de los tiempos de la guerra fueron desfilando uno a uno ante sus ojos; después llegaron las mujeres, Carmen, Lastenia, Isabel y las otras ya sin nombre que lo envolvieron con su cariño. Las paredes se abrieron y vio al pueblo como era antes, con su calle empedrada con conchas de cocaleca, las casas encaramadas en pilotes a orillas del mar, aquel mar que había sido toda su vida y deseó por última vez seguir siendo parte de todo aquello pero sabía que era imposible.

A las seis de la tarde, cuando las nietas preocupadas por su largo sueño fueron a despertarlo, lo encontraron acurrucado en su cama, casi frío. La noticia corrió por el pueblo a toda velocidad.

— ¡Ha muerto don Manuel Muñoz. . .! —decían unos a otros asombrados por lo repentino del hecho.

El patrono del pueblo... ilustre prócer de la guerra de los Mil Días y sobre todo el hombre más rico de Chumico. Solícitos fueron corriendo a darle el pésame a los presuntos herederos. Por telégrafo le avisaron a los familiares de la capital y de allí, la noticia del deceso del abuelo Manuel, fue regada por tres continen-

tes en donde vivían los otros nietos. Entre todos los presentes, acordaron hacer un funeral solemne al día siguiente por la mañana lo más tarde posible para dar tiempo a que llegaran los dolientes de la capital por motonave.

Cuando fueron a buscar el ataúd de Don Manuel al depósito en donde lo guardaban, lo encontraron sucio y lleno de telarañas. El forro de terciopelo carcomido por la polilla, se desgarraba con facilidad y el moho cubría la madera. Hacía más de diez años que no lo usaban; el abuelo lo prestó por última vez cuando murió la señora Lastenia de un cólico en el vientre y después se había negado a sacarlo de su envoltorio.

Las nietas pulieron la madera con aceite hasta hacerla brillar otra vez y dejaron relucientes las agarraderas de plata. Amortajaron el cadáver con cinco sábanas bordadas al pasado con hilos de seda que antaño había hecho la señora Lastenia y que la nieta mayor había guardado en un armario lleno de bolas de alcanfor en espera del día que ya había llegado. Afanosas, las mujeres limpiaron el viejo caserón y abrieron las enormes puertas que daban al portal para recibir a los vecinos. Tendieron el féretro en medio de la gran sala llena de anticuados muebles que hacía tanto tiempo no se usaban. Pronto se llenó la casa y mientras las mujeres hacían el café, otros sacaron a relucir las botellas de aguardiente fino que el viejo tenía guardadas para usar en las grandes ocasiones. Mandaron a buscar a Margarita Quintero, la última rezadora que quedaba en el pueblo; el padre Eusebio estaba de viaje y no regresaría por varias semanas. Alrededor del muerto la conversación subía de tono y muchos de los dolientes no se cansaban de enumerar las virtudes del difunto, claro está, con algunos comentarios acerca de sus pecadillos, como ocurre siempre en los velorios de gente importante.

—Padre Eterno, Rey del Universo, sácalo de pena y llévatelo al cielo -entonaba Doña Margarita con voz solemne.

—Fue un gran hombre- suspiraba una- pero últimamente estaba muy huraño.—

—Durante la guerra de principios de siglo dicen que fue un héroe.

Lo condecoraron y todo por su valor.

—Bueno, eso sucedió porque era del partido liberal y el Presidente Porras lo quería adular. .--

— ¡Misericordia Señor. . .! No abandones a este pobre pecador.-

— ¡Y qué mujeriego era! Pero eso sí; a todas las mantenía bien.—

--Su primera esposa era una santa. La conocí cuando yo estaba chica pero me acuerdo cómo se comentaba entonces de los sufrimientos que le causó la señora Lastenia, que en paz descanse.—

—Sí? Yo no sabía que había estado casado más de una vez; sólo conocí a la señora Lastenia.—

—La otra se llamaba Carmen y murió hace muchos años. Después de eso él se casó por la iglesia con la Señora Lastenia. Eso fue antes de que tú nacieras.—

—Santo Cristo del Chumico, protege a tu fiel Manuel, en contra de los ataques del malvado Luzbel. .! —la rezadora, furiosa con las murmuraciones de las mujeres, levantaba aún más la voz mientras se secaba con una toalla el sudor que le corría profusamente por la cara regordeta surcada de arrugas que la hacían aparecer más sabia de lo que realmente era.

Doña Margarita Quintero llevaba años rezándole a los muertos de Chumico y se decía que no había en toda la República quien compitiera con ella cuando de un muerto grande se trataba. Cuando el Padre Eusebio llegó al pueblo hacía dos años había tratado de suplantarla pero fue en vano porque los chumiqueños preferían los versos de Doña Margarita a las diatribas teológicas del sacerdote y éste acabó por aceptar la presencia de la rezadora en la iglesia si no quería perder la clientela. Doña Margarita no toleraba chismes durante sus rezos y ahora lanzaba miradas severas al grupo de mujeres que sentada en una esquina de la sala se dedicaban a cuchichear en vez de prestarle atención a las letanías.

—¿Qué será de la tableña esa, mujer de don Manuel? ¿Le habrán avisado.?

—Me han dicho que los hijos que tuvo con él tienen muy buenos puestos ya que todos estudiaron en la Universidad. ¡Qué suerte tienen algunas mujeres...! Fíjate que siendo la querida nunca le faltó nada y vive en una casa a todo lujo en Panamá..—

- ¡Santísima Madre del Señor.. ¡Cubre con tu manto a este pobre pecador.—

— Ese fue el último capricho del viejo. Dicen que la quiso mucho y aunque ella no le era fiel, siempre acababa por perdonarla. Hay que ver si esos hijos son de él.—

—Niña.. ¡No hables así que me escandalizas, ¿ De dónde has aprendido esas cosas.?—

—Todos son negros como el papá y el último es igualito a Manuel cuando estaba joven. Yo los conocí hace años en un viaje que hice con la abuela Felicia que los conocía a todos bien.—

—Ahora vamos a recitar la letanía de los difuntos y por favor menos habladoría, hay que respetar a los muertos. !—Furibunda Doña Margarita se dirigió amenazante al grupo de muchachas que terminaron por callarse.

El calor de los cirios colocados alrededor del féretro y la aglomeración de gente hacían aún más sofocante el ambiente. Habían colocado unos baldes llenos de hielo recogido de todas las neveras del pueblo debajo del ataúd para retardar la descomposición del cadáver, pero a pesar de ello, al acercarse al finado, ya comenzaba a despedir un tufillo algo desagradable. Afuera, sentados debajo del palo de tamarindo, se agrupaban los viejos amigos de Don Manuel, deleitándose con el aguardiente que se pasaban de mano en mano.

-- ¡Qué poco somos -suspiró uno- i Mira que morir se así, sin decir ni ay. . .! Yo lo encontré en la playa ayer y se veía fuerte como un roble. Por cierto parecía estar conversando él solo. Cosas de viejo...—

— ¡Así es la vida. Tempus Fugit. . .!—

—¿Y eso qué quiere decir Eusebio?—

—Bueno, en latín significa lo corto que se nos hace el tiempo. . .—

—Ya Eusebio! Déjese de latinazgos..— le interrumpió otro.

Visiblemente molesto el viejo se levantó alejándose del grupo.

—Ese Eusebio es un pedante -dijo el que lo mandó a callar— Desde que trabajó unos meses en un seminario en Colombia hace años no para de hablar en jeringonza de curas. Páseme la botella Jacinto. Este aguardiente está muy bueno.—

—Quién se quedará ahora con los terrenos que Don Manuel tenía río arriba? Esa finca vale un platal.—

—Ya se la había traspasado a Manuel Vicente, el hijo mayor de la señora Lastenia.—

—¿A ese borracho? Pronto lo malgastará todo. Se pasa la vida jumado en la cantina. El otro hermano, el que se llama Valentín, ese sí es trabajador. El atiende la finca y hasta ganado tiene allá. Ese fue el que trajo a los santeños para que le tumbaran el monte y le cuidaran las vacas.—

— ¡Dios nos libre de esa gente! Lo único que saben hacer es quemar y cortar los árboles. Parecen arrieras. . .Yo no los quiero en mi finca porque no respetan ni la madera fina. Valentín hizo mal en traerlos y ya se arrepentirá cuando le dejen la tierra pelada como han hecho por todo lugar donde se meten.

—Un poquito de café señores?— Los interrumpió una de las mujeres brindándoles el humeante brebaje en una bandeja llena de tacitas.

-Sí niña, deme una taza que la noche es larga y el sueño me

está pegando los ojos.—

Siguieron conversando de todo un poco tratando de ahuyentar con sus voces el cansancio que se iba apoderando de sus cuerpos. A las cinco de la mañana comenzó a caer una lluvia pertinaz y serena que lo iba mojando poco a poco y los que estaban sentados afuera tuvieron que entrar haciendo el calor en la sala aún más insostenible. Los dolientes medio dormidos, no atinaban a contestar el sonsonete de la señora Margarita que seguía incansable desgranando sermones y letanías.

—Jacinto, la gente de Panamá no llegan y Don Manuel huele mal susurró uno.—

—Sí, Braulio, ya me doy cuenta y lo peor es que se acabó el hielo y de la loma no se divisa nada en el mar.—

—Yo creo que a lo mejor no pudieron salir de allá.—

—Sí salieron, porque le avisaron a la guardia por radio.—

—A lo mejor se descompuso la gasolina y están por ahí varados. Así nos pasó a nosotros la última vez que hicimos el viaje. Esos barcos están viejos y se dañan con facilidad. Tienes razón: el muerto está apestando.—

—Es mejor que lo entierremos— decidieron al fin— la motonave no llega.—

Entre los nietos y amigos cerraron el ataúd. Nadie pudo encontrar los tornillos especiales que llevaba en cada esquina para fijar la tapa y la clavaron como fuera, con tres clavos torcidos que con dificultad entraron en la dura madera. Las mujeres sollozando se tiraban encima del ataúd repitiendo una y otra vez el desgarrador "Adiós para siempre. . ." Lo cargaron entre ocho hombres que casi no podían con el peso de la inmensa caja.

—Este muerto parece de plomo. . .—se quejó uno, que sentía que la hernia se le iba saliendo de su escondite en el cuerpo.

Ocho hombres más tuvieron que meter las manos para levantar el féretro y el cortejo se fue calle arriba bajo la llovizna que aún no cejaba. Subían la empinada calle con lentitud, agobiados por la carga que llevaban sobre los hombros. Desde las ventanas, los enfermos y las parturientas le gritaban sus adioses al hombre que por tantos años había regido los destinos del pueblo. Al llegar al pie de la loma del cementerio se detuvieron porque el peso del cajón se hacía insoportable.

— ¡Cómo pesa este ataúd Dios mío. .! protestó Eusebio.— Parece que estuviera lleno de piedras.—

— ¡Se nos fue el hombre.! —gritaban las nietas que caminaban detrás del cortejo.

—Sele Señor propicio, perdona sus pecados —entonaba la rezadora.

Habían bajado el ataúd en el medio del camino para descansar y esta vez necesitaron de veinte hombres para levantarlo. Siguieron con paso cansado rumbo a la cima al lugar de honor que le correspondía a don Manuel.

—Ojalá que hayan cavado un hueco bien hondo y grande para que este cajón quepa— se decían los hombres, jadeando de cansancio y mojados de pies a cabeza.

Desde la cúspide se divisaba toda la bahía. La lluvia había dejado de empañar los ojos y los que iban adelante fueron los primeros en darse cuenta que llegaba la gasolina a gran velocidad, navegando a través de la bruma que cubría la superficie del mar. Todos trataron de acercarse para ver mejor con tan mala suerte que el peso de la carga se fue hacia un lado y Braulio se tambaleó, resbalando sobre la tierra húmeda. Cuando se iba cayendo, se agarró de Eusebio y éste a su vez de Higinio que tenía unos cuantos tragos de aguardiente de más entre pecho y espalda. Así fueron cayendo unos encima de otros, los veinte hombres que cargaban el ataúd de Don Manuel. La enorme caja los iba aplastando hasta que agobiados la soltaron. Se fue deslizando cuesta abajo sobre la tierra mojada dando tumbos sobre las cruces de piedra de las tumbas, hasta que la tapa, mal clavada, se saltó y el cadáver de Don Ma-

nuel, amortajado con las cinco sábanas bordadas al pasado con hilos de seda, salió disparado por el aire quedando colgado encima de la enorme piedra que marcaba la tumba de la mujer de Ah Sing. Libre de su contenido, el ataúd siguió deslizándose loma abajo por el lado que da al mar y al llegar al borde mismo del acantilado salió despedido por el aire y describiendo un majestuoso arco, cayó en medio de la bahía, levantando una gigantesca ola de espuma rosada. La marea lo fue arrastrando mar adentro, flotando elegantemente sobre las olas. Los que llegaban en la motonave vieron pasar al lado del barco el enorme ataúd vacío y se persignaban supersticiosos convencidos de que algo malo les iba a ocurrir por haber sido testigos de semejantes hechos. Los que estaban en el cementerio no sabían si rezar o echarse a llorar de espanto.

— ¡Misericordia Señor. . .! ¡Perdona nuestros pecados. . .!— gritaba doña Margarita fuera de sí, de rodillas en la tierra con los brazos en cruz.

Los veinte hombres regados por el cementerio, llenos de lodo y golpeados por la caída no atinaban a levantarse. Finalmente, Higinio Reinoso, el más viejo de todos, se incorporó con dificultad y agarrándose de donde podía para no resbalar otra vez, lentamente llegó al sitio en donde yacía el cadáver de don Manuel, colgado sobre la piedra. Con cuidado lo bajó, recostándolo sobre la tierra. Rascándose la cabeza perplejo se quedó un buen rato contemplando al ataúd que se alejaba flotando mar afuera sobre las olas. Con gesto cansado se sentó junto al difunto.

— ¡Braulio, vete a buscar una lona!— gritó— tenemos que enterrar a don Manuel—.

Panamá, julio 1982.

publicado los siguientes libros:
Novela: "*EL ATAÚD DE USO*" (Panamá 1982) "*EL SEÑOR DE LAS LLUVIAS Y EL VIENTO*" (Panamá 1984), "*NO PERTENEZCO A ESTE SIGLO*" (Panamá 1991). Cuento: "*¿QUIÉN INVENTO EL MAMBO*" (Panamá 1985), "*LA MUERTE TIENE DOS CARAS*" (San José, Costa Rica, 1987), Teatro: "*ESA ESQUINA DEL PARAÍSO*" (Panamá 1986), "*BANQUETTE DE DESPEDIDA/MISS PANAMÁ INC.*" (Panamá 1987). Entre sus premios literarios destacan el Nacional "RICARDO MIRÓ", recibido en su versión de novela en las convocatorias de 1982, 1984 y 1991, de cuento, en 1985 y de Teatro en 1986 y 1987. En 1994, recibe el premio de Teatro en los Juegos Florales México, Centro América de Quetzaltenango, Guatemala con la obra "*LOS LOROS NO LLORAN*". Poseedora de diversas condecoraciones, recientemente la República de Colombia le ha concedido la "*GRAN CRUZ*" de la Orden de la Democracia, en reconocimiento a sus méritos científicos y literarios. En 1995 Editorial Torremozas, España, publica el libro "*SEMANA DE LA MUJER Y OTRAS CALAMIDADES*".

Soledad Franco de Epifanio, Alondra de Moreno y Joaquín Beleño C., actuaron como jurado del Concurso Literario RICARDO MIRO de 1982, otorgaron por unanimidad el premio único de la Sección Novela, a la obra titulada: "EL ATAUD DE USO", firmada con el seudónimo de "HORUS".

Su fallo fue explicado de esta manera:

"La obra cumple con todas las modalidades técnicas de la novelística. Constituye un aporte cultural de primera clase en lo temático y proporciona evidencias históricas que se ajustan armonicamente al tema tratado. Los personajes de la obra están muy bien caracterizado y promovidos dentro de la evolución de los acontecimientos, justificándose plenamente en la novela. Están bien marcados los contrastes...

"Demuestra un dominio en cuanto a lo que se refiere a psicología popular y realiza bien el contraste entre la tragedia y la ironía salpicada del gracejo popular...

"Combina con sutil habilidad los ingredientes de la tradición popular con la capacidad creadora del tema a tratar. Maneja con mucha habilidad la Técnica del tiempo ya sea para retrotraerlo o desplazarlo según las necesidades de perspectiva o de retrospectiva que necesita..."

"Hay belleza creadora en la descripción del ambiente y comunica al lector la nostalgia y el lirismo tropical indispensable del escenario utilizado".

Para concluir, el jurado calificador agregó: *"Existe una aproximación a la novelística latinoamericana moderna, contemporánea y se integra dentro de esta época y este movimiento cultural en tiempo y estilo".*

EDITADO Y DISTRIBUIDO EXCLUSIVAMENTE
POR DISTRIBUIDORA
 **LEWIS S.A.**
TEL. 212-1888